

mamos y bebamos, porque mañana moriremos. En este feliz estado de ánimo escribió el número siete de su *Viejo Cordelero*, uno de los monumentos inmortales del pensamiento francés y que debería ser el manual de los republicanos. La verdadera figura de la República se levanta allí, en toda su belleza, por cima de aquella asfixiante y sangrienta dictadura, que en nada se le parecía. Camilo dice la verdad desnuda á todos, á Robespierre y á los dos Comités, sin injusticia para Robespierre y el Comité de Salvación Pública, con una cólera ya zumbona, ya indignada, respecto al Comité de Seguridad general. Admirablemente describe la degradación en que había sumido á la sociedad del régimen del Terror. «Y ¿cómo la denuncia ha de cansarse? Ella sola lleva, como por la mano, á todas las plazas; por camino tan fácil sube el oficial al generalato, el periodista al ministerio, el diputado al Comité de Salvación Pública! Sola ella puede devolver al día siguiente los aplausos de las tribunas al representante del pueblo más desacreditado la víspera. Todo el mundo ve lavados sus pecados con una pequeña palabra, no de penitencia, como en otros tiempos, sino de denuncia, verdadera ó falsa. El uno denuncia para hacerse perdonar su hermosa casa; el otro, para hacerse absolver por la comisión de donde vuelve; el procónsul, para volver á su provincia; éste, para llegar al Comité de Vigilancia; el otro, al Comité de Salvación Pública; quien, para ser presidente; quién, solamente para ser secretario, y Levaseur, para probar que en la funesta salida de Cambrai no había sido el primero en dar la señal de ¡sálvese quien pueda!, contaba que al regresar del combate, donde le habían matado el caballo que montaba, había encontrado, oculto detrás de una encina, al general Hochard, acribillado de heridas, de pies á cabeza, y al que acusaba de poltrón... ¡Con qué rapidez se precipita hacia la ruina una República, donde, como bajo Tiberio y demás emperadores monstruos, la delación ha venido á ser el medio más eficaz de alcanzar lo que se quiere; donde todos los días el delator, sagrado é inviolable, efectúa su entrada triunfal en el Palacio de los muertos y recoge alguna rica herencia; donde todos los denunciadores se adornan, como bajo Tiberio, de los más bellos nombres, haciéndose llamar Cotta, Regulus, Cassius ó Severus. A la muerte de Marat, los altares elevados en todas partes á este diputado, que durante cuatro años había ejercido las funciones de *denunciador general*, las fiestas, las procesiones solemnes en su honor, su apoteosis repentina en todas las secciones, le dieron sucesores todavía más ardientes... Los comisarios de la Convención que recorrían las provincias, compitieron los unos con los otros en eclipsar la gloria del gran Marat y multiplicar sus estatuas como los granos de arena del mar. Cambiar todas las administraciones federales, desde el presidente de departamento hasta el alcalde de aldea, imponer revolucionariamente á los ricos, derribar las campanas, encarcelar sospechosos, llevar á la guillotina á los realistas; tal es el sumario de mi viaje, decía Laplanche á su vuelta del Loiret y del Cher; y, al mismo tiempo, para obtener los honores del triunfo, vertía en la Convención más cálices, copones y san-

tos Sacramentos que anillos de caballeros romanos vertiera el correo de Aníbal después de la batalla de Cannas... Indudablemente si algunos de los comisarios hubiesen recibido la instrucción secreta de ejercer su función al intento de hacer odiosa á la República, no se habrían conducido de mejor manera.

Con no menor elocuencia se expresa al hablar del mutismo de los diputados y del general servilismo. «Andando, andando, no dejé de visitar á nuestros sabios. ¡Cuál no fué mi sorpresa al no ver apenas discusión ya! No parece sino que la tribuna de la Convención se ha hecho tan peligrosa como una campaña de la Vendée bajo los generales que todos conocemos. Si un diputado se cree obligado en conciencia á decir su parecer, bueno ó malo, nada tan divertido para el republicano que asiste á estas sesiones como observar de qué manera, con aquellos *bien* y aquellos *pero*, aquellos *sí* y aquellos *no*, aquellas concesiones, circunlocuciones, correctivos y multitud de precauciones oratorias, envuelve y acoraza su pensamiento como con una loriga y un collar, por temor de dejar resquicio á la guillotina...—Así no hay entre vosotros uno que se arriesgue á emitir al día siguiente la opinión que muchos os habéis comunicado la víspera. Cada uno espera á que el otro hable. Tiénese por más puro el diputado que, no habiendo despegado los labios durante la sesión, puede decir al salir de ella: ¡*Loado sea Dios! Que venga Fouquier-Tinville cuando le dé la gana; ¡le desafío á encontrar tacha en mi opinión!* Si esto continúa, la nación, para tener representantes fieles é irreprochables, no hará cosa mejor que elegir á los cartujos, los cuales, sin violar su voto de silencio, se levantarán ó sentarán, según los aplausos de las tribunas y la iniciativa de Hebert ó de Vincent.—Por grande que haya sido el envilecimiento de las generaciones pasadas, corrían hasta aquí como proverbio que todo podía decirse y que sólo era menester fijarse en la manera de decirlo... Mas lo que yo no podré perdonar nunca al *gobierno revolucionario* de Billaud-Varenes y á su *terror á la orden del día*, es que, bien que nunca se haya repetido tanto como ahora que *todos los hombres son iguales y que ha llegado el tiempo de decirlo todo en público*, vosotros, representantes del pueblo é investidos de la primera magistratura, lejos de hablar de igual á igual, no podáis siquiera, apurando toda vuestra retórica y con el auxilio de todas las circunlocuciones imaginables, expresar una opinión distinta de la corriente, que no podáis decir que vosotros sois acerca de Lyon de otro parecer que Ronsin... Sostengo que nunca se ha visto bajeza semejante, no solamente de hombre á hombre, sino de criado á señor, de la arcilla al alfarero; sostengo que nunca hemos sido tan esclavos como desde que nos llamamos republicanos, ni tan rastreros delante de los hombres honrados y de crédito como desde que les hablamos con el sombrero calado.»

Compréndese que el librero de Camilo se asustase y no se atreviese á publicar el terrible número, que por fortuna no se perdió. Desenne imprimió algunos fragmentos de él en mil setecientos noventa y cinco, y más tarde, Matton, heredero de los manuscritos de

Camilo, lo incluyó en las obras de su pariente, excepto algunas páginas, que ha dado á conocer Carteron en un *Complemento de la Enciclopedia moderna*. De este modo se ha transmitido íntegro á la posteridad el testamento del gran periodista de la Revolución.

Durante cerca de un mes, del quince de Febrero al quince de Marzo, Robespierre no se dejó ver en la Convención ni en los jacobinos; estaba enfermo de cuerpo y de espíritu, indeciso y conturbado su ánimo ante la gravedad de los planes que maquinaba y que á él mismo le espantaban. Mientras tanto, los hebertistas, no contentos ya con declamar, conspiraban, y con tales alientos que Hebert osó atacar á Robespierre en el club de los Cordeleros. Contaban para ello con un auxiliar excelente; el hambre, que este invierno de mil setecientos noventa y cuatro fué mayor que nunca, y no ya sólo de pan, sino de todo, principalmente de carne. El haberse suspendido la importación de ganado extranjero, desde que la República estuvo en lucha con toda Europa; la guerra civil, que dejó á la Vendée y departamentos limítrofes, que antes mandaban setecientos bueyes por semana, limpios y arrasados, sin una sola cabeza; la falta de pastos en la Normandía, que también abastecía á París y otras ciudades de buena cantidad de bueyes; las grandes remesas de ganado y carne que salían á diario para los catorce ejércitos en pie de guerra; las incuas devastaciones, en fin, que el ejército de la revolución llevaba á cabo en el país llano, ya por rapacidad, ya por arrogancia: todas estas circunstancias dieron por resultado tal carestía en el precio del ganado, que los carniceros no pudieron cumplir la ley del *máximo* como no fueran dando carnes malas y desperdicios. No se les ocurrió á los sabios legisladores de la Convención otra medida salvadora que «decretar una cuaresma cívica», como propuso Legendre, ó dar una nueva tarifa de precios máximos, dejando á las autoridades locales el fijar uno de entre ellos. La situación empeoró. La libra de carne de cordero se pagó, y no por una vez, sino durante algún tiempo, á quince libras; la de entrañas de cerdo, á tres libras y media; los portadores de reses corrían para no ser asaltados por la muchedumbre, que se lanzaba sobre ellos y parecía devorar con los ojos las carnes crudas; interminables colas se formaban en las carnicerías, como se habían formado antes en las panaderías, á pesar de lo cual, centenares de mujeres se volvían con las manos vacías después de haber perdido horas y más horas. Los tumultos eran continuos. Se organizaron las colas atando á la puerta de la carnicería una cuerda, á la que cada comprador se agarraba para no perder su puesto; pero ocurría con frecuencia que un mal intencionado ó rezagado cortaba la cuerda, y entonces se producía un desorden espantoso, en el que llevaban siempre la peor parte las infelices mujeres. Al mismo tiempo, la tarifa general de los víveres y mercancías paralizó el comercio de los otros productos. La manteca llegó á ser tan rara que se «la veneraba, al decir de un contemporáneo, como una deidad invisible»; otro tanto pasaba con los huevos; legumbres, patatas y hortalizas escasearon al extremo de tener que ponerse en cultivo los jardines que embellecían los alrededores de

París; hasta el heno faltó, y fué menester almacenar el poco que había, y repartirlo públicamente, á cambio de dinero, por supuesto. Efectuábase este reparto tres veces en cada década, por papeletas, en las que los comités de sección atestiguaban el número de cabezas de ganado de cada solicitante, muchos de los cuales se volvían de vacío. Uno de estos desgraciados, habiendo visto ciudadanos armados de fusiles, dijo al que le acompañaba: «Quisiera que uno de estos bravos me soltara una bala en la cabeza.—¿Por qué?—¿Con qué cara me presento yo delante de mi mujer y mis hijos, á quienes no puedo dar pan, porque las ocho vacas de que vivimos están pereciendo de hambre?» En situación tan angustiosa, natural era que el pueblo prorrumiese en amargas quejas contra los carniceros, contra los especuladores y monopolizadores de cualquier clase de productos: pedía que se vigilase con rigor la entrada y circulación de los artículos en París, «para que los ricos egoístas no pudiesen monopolizarlos»; maldecía del ejército de la Revolución, que no favorecía la remesa de víveres, y, en cambio, agobiaba con tributos á los patriotas lo mismo que á los aristócratas. De los artesanos, solamente los que ganaban de jornal de doce á quince libras diarias vivían cómodamente; los demás, y eran casi todos, soportaban privaciones ó padecían miseria. Los unos murmuraban, los otros se entregaban á la desesperación, viendo á tan poca distancia la horrible muerte por hambre, y todos estaban dispuestos á irse con el que prometiese remover de la organización política la causa de tan extremado encarecimiento. ¿Podía darse mejor ocasión para que los hebertistas se ganasen al pueblo y derribasen con el auxilio de éste la dictadura de la Convención? Así hubo de comprenderlo Robespierre, el cual llamó en su auxilio á Saint Just, que se hallaba en el ejército del Rhin.

¿Qué imaginaban los hebertistas? Una monstruosidad, implantar una constitución simplicísima, consistente en un tribunal supremo, presidido por un gran juez, y un consejo militar, dirigido por un generalísimo, los cuales juzgarían y administrarían militarmente. El generalísimo y el gran juez serían los primeros personajes de la República, como los jefes del Estado. Junto al tribunal habría, con el título de censor, un gran acusador, encargado de provocar las persecuciones. No podían reducirse á menos las funciones del gobierno: condenar y batirse. No se sabe si este proyecto fué creación de un delirante ó de varios, si no pasó del estado de vago anuncio ó llegó á ser redactado; pero lo que no ofrece duda es que se parece, como un huevo á otro huevo, á las comisiones revolucionarias que habían funcionado en Tolón, Lyon, Marsella, Nantes y Burdeos, lo que muestra que aquellos terribles ejecutores querían gobernar á toda Francia por el mismo patrón que había gobernado á una ciudad, y hacer de la violencia de un día el tipo de un gobierno regular y permanente. Para las dos altas dignidades, no se designaba todavía más que un solo candidato, Pache, que, por sus apariencias de saber, encajaba perfectamente en el cargo de gran juez. Al de generalísimo, Ronsin, aunque general del ejército

revolucionario, no osaba aspirar ni sus amigos proponerle, sintiendo el uno y los otros que se necesitaba para tan excelsa dignidad más alto prestigio. A menudo se oía pronunciar el nombre de Cahumette para el cargo de censor. Pero de todos los murmullos, el único persistente y extendido era que *Pache sería gran juez*.

Saint-Just corrió al llamamiento de Robespierre, y el veintiséis de Febrero leía en la Convención, en nombre de los dos Comités, una relación «sobre los medios más breves de reconocer y libertar á los patriotas encarcelados y castigar á los culpables.» Por este título, cualquiera hubiese creído que se trataba de restablecer el Comité de Justicia. Nada de eso. Los diputados, familiarizados con el recuerdo de la antigüedad, debieron creer, al oír á Saint-Just, que estaban oyendo la voz de la Némesis vengadora, por los oráculos de muerte que caían lentamente de aquella boca de bronce. Empezó por refutar á Camilo, oponiendo sistema á sistema. «La libertad y la clemencia salvarán á la República», había dicho Camilo; y Saint-Just responde: «El relajamiento de la aspereza que nos es necesaria, causa las públicas desgracias. La República ha degenerado de la rigidez á que se había elevado con el suplicio de Brissot y de sus cómplices». Consiguientemente, en vez de «un terror que pasa como una tempestad.» Saint-Just pide «una justicia que no pase», y que tal como él la define, es el terror perpetuo. «La justicia, dice, se refiere al interés público, no al de los particulares.—Los que no hacen revoluciones más que á medias, se abren una tumba.—¡Adelante! es la palabra que encierra toda la política de nuestra Revolución. Vosotros tenéis el derecho de tratar á los partidarios de la tiranía como los reyes trataban á los partidarios de la libertad.» Luego, entrometiéndose en la esfera de lo privado, declara que es preciso cambiar «las relaciones civiles.» «Las propiedades de los patriotas son sagradas; mas los bienes de los conspiradores son para los desgraciados.—El que se ha mostrado enemigo de su país no puede ser propietario en él; solamente tiene derechos en nuestra patria el que ha contribuido á emanciparla.» Y concluye proponiendo, en nombre de los dos Comités, un decreto, por el que, después de investir al Comité de Seguridad general de la facultad de poner en libertad á los patriotas detenidos, establece que «los bienes de los ciudadanos reconocidos como enemigos de la Revolución serán secuestrados en provecho de la República, y sus poseedores detenidos hasta la paz y desterrados luego para siempre.» Es decir, después de la confiscación de los bienes de los emigrados, la confiscación de los bienes de todos los que no fuesen reconocidos como patriotas, lo que equivalía á poner la fortuna de los particulares á merced de la arbitrariedad del poder y de la pasión del partido. Por estas medidas, Robespierre, Saint-Just y Couthon se mostraban ultra-revolucionarios, más allá de Marat, más allá de los hebertistas, dándose el raro caso de que tres hombres que no profesaban ninguna utopía contraria al principio de la propiedad, hiciesen votar á una Convención fuertemente adherida á este mismo principio un decreto de injusto y violento despojo. ¡Qué ejemplo tan elocuente de arrebató

revolucionario! Saint-Just completó su obra unos días después con otro decreto, por el que se autorizaba al Comité de Salvación pública á presentar una relación sobre los medios de «indemnizar» á los patriotas indigentes con los bienes de los enemigos de la revolución. Felizmente, estas medidas, que recuerdan las grandes proscripciones y confiscaciones de las guerras civiles en la antigua Roma, nunca fueron ejecutadas; y es dudoso que ninguno de los que las votaron, excepto Saint-Just, desease de veras que se ejecutasen.

Los hebertistas comprendieron que el ultra-terrorismo de Saint-Just era un arma que éste empleaba para herirles á ellos, y no vacilaron en lanzarse á la rebelión. El cuatro de Marzo, el club de los Cordeleros, su cuartel general, cubrió con negro crespón el cuadro de los derechos del hombre, el cual «continuaría velado, declaró el presidente, hasta la extinción de la facción moderada.» Carrier, recién vuelto de Nantes, se desencadenó contra los que querían establecer un sistema de templanza, gritando: «Los monstruos querrían romper los cadalsos», y llamó al pueblo á la revolución. Hebert denunció á los que trataban de salvar á los cómplices de Brissot, aludiendo á Robespierre, que había impedido el juicio de los diputados de la derecha, detenidos como acusados cuando la caída de la Gironda; denunció á los pilletes y ladrones, y concluyó llamando, como Carrier, á la insurrección. Vicent, Ronsin, todos los individuos de acción del partido recorrían las calles de París escoltados por los restos del ejército revolucionario, que por fortuna había sido disuelto en Lyon y en los departamentos por impopular: aventureros, ladrones y *septembrizadores*, que con sus bigotazos y grandes sables ejercían en los sitios públicos una tiranía insolente. Mala compañía para ganarse al pueblo, que no se movió, en efecto, á pesar del acicate del hambre. Lejos de esto, ocurrió un hecho singular. Siempre se había culpado de la miseria pública al gobierno, ó á los labradores y comerciantes, ó á los acaparadores y ricos egoistas; mas ahora ocurrió, sin que se conozca la causa, que, á fines de Febrero, dos secciones acusaron á los hebertistas de intrigantes y monopolizadores. Esta acusación les mató. Por ellos, no se levantó más que una sola sección, la de los Cordeleros, la cual se dirigió el seis de Marzo á la Casa consistorial, para declarar que «estaría de pie hasta que los asesinos del pueblo fuesen exterminados.» Pero el Consejo general de la municipalidad censuró, por boca de su presidente, á los Cordeleros de haber cubierto la declaración de los Derechos del hombre; y en el mismo sentido habló Chaumette, separándose de Hebert. Fracasado el movimiento, cada cual se apresuró á eludir su responsabilidad. Aquel mismo día por la tarde, Collot d'Herbois, que se habría puesto á la cabeza de los insurrectos si hubiesen triunfado, trabajó en los jacobinos para efectuar la reconciliación; Carrier, en quien á la furia había sucedido el miedo, trató de atenuar lo que había ocurrido en los Cordeleros, y entre Carrier y Collot consiguieron que los jacobinos enviasen una diputación á los Cordeleros, los cuales rompieron el velo que cubría el cuadro de los Derechos del hombre, dando á entender que renunciaban, como la zorra del